

Y en él entraste. El tiempo su carrera  
 Siguió veloz y venturoso fuiste,  
 Y al lado de tu dulce compañera  
 Te vi mil veces de tu dicha ufano  
 Cuando al hundirse el sol en occidente  
 Tu fatigada frente  
 Ella enjugaba con su blanca mano ;  
 Y te vi en medio á la inocente prole,  
 De rostros infantiles  
 Y blondos rizos en alegre nido,  
 Echando tus afanes en olvido.

—

Cuando entre el hombre y su futura suerte  
 Cuelga la Dicha el deslumbrante velo,  
 No se escucha del Tiempo el raudo vuelo,  
 No se oyen las pisadas de la Muerte.

—

En apacible sitio  
 Hacia el confín de calle solitaria,  
 Lejano del tumulto  
 Aturdidor de muchedumbre varia,  
 Risueño se alza delicioso albergue  
 Del vano mundo á la mirada oculto.  
 En tan feliz morada,  
 De rosas y azucenas  
 Por sus nevadas manos adornada,  
 Empezaban tus horas de ventura  
 Á deslizarse apenas....

Y súbito ; oh dolor! ante tu esposa  
 Su seno abrió la Eternidad inmensa ;  
 Del Sumo Tribunal en los umbrales  
 Sonó la voz de justa recompensa. [suyo !  
 ; Un toque de llamada!... ; Un nombre!... ; El  
 Y en pos dejando lágrimas y duelo,  
 Y el yerto polvo sobre el pecho tuyo,  
 Á la orden del Eterno tendió el vuelo.

Al pavoroso estrago  
 Que hace en tu alma tan terrible golpe,  
 En tinieblas envuelta  
 Un instante vacila,  
 Y entonces la Esperanza,  
 La cristiana virtud, veloz avanza  
 ; Y allá en tu corazón cubre la fila!

—

; Ella era del Señor! ; Silencio! ; Espera!  
 Su amor de esposa y madre  
 Cual un suspiro al viento,  
 Cual gota al Oceano,  
 Se unió al Amor del Ente soberano,  
 Y por arcanas sendas  
 Hoy vivifica, más que ayer fecundo,  
 El corazón de las amadas prendas,  
 Que á tan excelso fin le guarda el mundo.  
 Así, del sol al rayo poderoso,  
 El cristal de la fuente que murmura  
 En cauce estrecho por el valle umbrío,  
 Al éter sube en vuelo vaporoso,

Para verter mejor desde la altura  
Su fecundante riego en el plantío.

¡ Valor! Dos campos hay, amigo caro,  
Que en este triste valle á un tiempo mismo  
Su fruto ostentan á la luz del día:  
El campo del placer — ¡ la cobardía!  
El campo del dolor — ¡ el heroísmo!



## LAS ROCAS DE SUESCA

### I

Coronados de pencas y de arbustos  
Sobre altos precipicios suspendidos,  
Ved de gigantes los informes bustos  
En éxtasis eterno sumergidos.

Un gesto horrible allí petrificado,  
Con nariz trunca y arrugada frente,  
Decir parece al que le queda al lado  
Que le pisan un callo eternamente.

De otro coloso en la entreabierta boca  
Las águilas sus nidos han formado,  
Y del labio inferior bermeja roca  
Cuelga como la lengua del ahorcado.

Y sobre mí la mole vacilante,  
Tenida allí por invisible dedo,  
Díjome con acento de gigante:  
« Huye, mortal... ó sobre ti me ruedo. »

Á la voz *huye* víme en tal aprieto,  
Que no hallando de pronto una tangente,  
Resolví descender por el cateto  
De un triángulo de estratas adyacente :

Triángulo que en sus pardos murallones  
Sustenta de otros mil masa confusa,  
Y en antediluvianos mojicones  
Apoya la musgosa hipotenusa.

Cruzan con la mirada el horizonte  
Cuatro patriarcas de semblante duro,  
Á quienes miran del opuesto monte  
Otros patriarcas de guijarro puro.

Y por saber si á conversar se prestan,  
— ¿Qué hacéis ahí? — preguntoles en verso,  
Y en mudo endecasílabo contestan :  
« Aguardamos el fin del universo. »

Escucho luego, lo que apenas creo,  
Cual el rumor de viento que se aleja,  
Un singular y vago cuchicheo  
Entre las altas peñas de la ceja :

Cuando hacia el sitio la atención dirijo,  
De abuelas miro inmóvil caravana,  
Festejando con hosco regocijo  
El fausto cumpleaños de una hermana.

Es la faz de ésta avinagrada mueca,  
Con letras chibchas en los dos carrillos;  
El moño, de aluvi6n y yerba seca,  
De liquen el collar y los zarcillos.

Secas raíces que á los lados penden  
Forman su escasa cabellera grifa,  
Y tres cabras, que el riesgo no comprenden,  
Le comen la *capul* (1) á la *cachifa* (2).

Un pañuelo de musgo y lama verde,  
Con prendedor de *quiche* (3) al seno atado,  
Remata el traje : lo demás se pierde  
Tras un dosel en el peñ6n tallado....

Es fumadora la siguiente roca,  
Y por cigarro tiene, aunque apagado,  
En el rinc6n izquierdo de la boca  
De un frailej6n (4) el tronco retostado.

Á la saz6n en el opuesto monte  
Caliginoso nubarr6n se asienta,  
Y en sombra sepultando el horizonte  
Va á desatarse en h6rrida tormenta,

Cuando la zalamera fumadora  
Al crespo nubarr6n así interpela :  
— ¡Mot6sito! (5).

— ¿Qué manda, mi señora?  
— Que me prestes, mi negro, tu candela.

(1) Con la palabra *capul*, de un nombre propio francés, se designa el cabello que cae sobre la frente.

(2) Muchacha.

(3) Planta de hojas anchas, que crece en las rocas.

(4) Planta de páramo, resinosa y medicinal.

(5) Diminutivo de *motoso*, de *mota* : aplicase al que tiene el cabello crespo, y es calificativo cariñoso.

Lanza la nube un rayo de su seno  
Al frailejón entre la grieta fijo;  
Tiembla la tierra al pavoroso trueno,  
Y la abuela contesta : « Gracias, hijo. »

Y sigue en tanto el vago clamoreo,  
Ora cual raudo viento que se aleja,  
Ora cual soterrado campaneó  
Entre las peñas de la torva ceja.

Pongo el oído atento, de sus voces  
Oigo la cavernosa resonancia;  
Llorar parecen los perdidos goces  
De su inocente, submarina infancia.

— ¿No recuerdas, Miocena—exclama una—  
Aquellos tiempos libres de pesares,  
Cuando fué pabellón de nuestra cuna  
El manto azul de primitivos mares?

— Aun se remonta á tiempos anteriores,  
Cara hermana Pliocena, mi memoria,  
Y me pinta con vívidos colores  
De nuestro origen la remota historia,

Cuando de nuestros cuerpos las sutiles  
Desligadas partículas sin cuento,  
En juegos y reyertas infantiles,  
Flotaron en el líquido elemento;

Y la vieja Borrasca sus canciones  
Entonaba agitando, aquellas riñas,  
Con chinesco de truenos y aquilones  
Desde fuera gritando : « Bailen, niñas! »

Hasta que la invisible superiora  
Con su sorda llamada, desde adentro,  
La madre Gravedad, habitadora  
Del vasto mundo en el fundido centro,

Al fin á nuestros lechos nos atrajo,  
Hizo cesar los juegos y la riña,  
Cantando sin cesar y en tono bajo  
Con rumorosa voz : « Duérmete, niña. »

¡Almas de la Cotopa y la Cocigua,  
Y *mama* Chimba, y todas nuestras madres,  
Que fueron ¡ay! la cordillera antigua;  
Y almas de los inviernos, nuestros padres!

Hijo de la Cotopa dicen que era  
El muchachuelo aquel tan consentido,  
Que de entonces *lisiado de hervidera* (1)  
No dejaba dormir con su ronquido.

— ¡Ah, sí! Cotopaxito, por supuesto :  
Mi amigo fué, ¡lo tengo tan presente!  
Dicen que ahora con su hermano ha puesto  
Hornos de fundición en Occidente. —

.....  
Mas, del cimientó el rezongar profundo  
Súbito escucho herido de sorpresa,  
Que á las cornisas, viejas como el mundo,  
« Muchachas, » dice, « ¿qué algazara es ésa? »

(1) Expresión familiar que significa *enfermo de ahogúo*, cuya respiración es por lo mismo difícil y ruidosa; y que por analogía se aplica aquí al hervor de los volcanes.

## II

Enmudecieron todas un instante ;  
Mas, luego que el cimientó venerando  
Tornó á dormir, la peña intermediente  
Dió de ello aviso, y se siguió charlando.

SILURIA, la mayor, anciana austera,  
Que de su clara estirpe vió la gloria,  
Vivo guardaba de su edad primera  
El recuerdo feliz en la memoria.

Que su prosapia sube hasta el más alto  
Rango ; porque PLUTÓN el Rey, la Infanta  
Doña TRAQUITA, el Duque de BASALTO  
Y el Príncipe GRANITO, cuya planta

Sonda la mar del subterráneo fuego  
Mientras sus sienas baña en los sombríos  
Golfos del polo, todos desde luego,  
Según sus pergaminos, son sus tíos.

Y de esos pergaminos no se puede  
Dudosa hacer la antigüedad presunta,  
Que al herirlos, burlada retrocede  
Del taladro tenaz la recia punta.

Mas ¡contempladla! Sobre la ancha frente  
En vano el Sol sus dardos ha lanzado,  
En vano, al par, la lluvia disolvente,  
El rayo, el aquilón la han azotado.

¡ Ved! De sus cejas trazan la figura  
Sendos cordones de erizadas pencas,  
Y he visto fulgurar en noche oscura,  
Del cazador la hoguera entre sus cuencas.

Es de su alta nariz el bloque corvo,  
Atalaya del buitre carnívero,  
Que desde allí condena, inmóvil, torvo,  
Su presa á muerte en el lejano otero.

Su boca, agreste ermita donde vierten  
Mortal sudor las piedras ; do se llaman  
Á iglesia los conejos cuando advierten  
Que los hambrientos galgos los reclaman ;

Y es sacristán de aquella gruta pía  
Un armadillo, que á la mansa vieja  
Le ha perforado interna galería  
Que comunica oreja con oreja.

Miréla. Alcé mi voz : — Augusta anciana —  
Interpelé con hondo acatamiento —  
Á vos ruego cantéis en lengua humana  
Vuestra patria, abolengo y nacimiento. —

Viento improviso que del valle sube,  
Penetrando en el hueco de su boca,  
De arena expele giradora nube  
Y, libre su garganta, así la roca :

— El Oceano que hoy al Occidente  
Dilata sus cerúleos horizontes,  
Cubre de nuestro patrio continente  
Los hondos valles, los altivos montes

Esos montes, un tiempo, esas llanuras,  
Desde el abismo á la nevada cumbre,  
Ostentaron galanas vestiduras  
De la Luna y el Sol bajo la lumbre.

Las celestes montañas que cruzaban  
De confín á confín el patrio suelo,  
Por cima de las nubes perfilaban  
Sus vastas cumbres sobre el tul del cielo :

Cumbres que fueron trono soberano,  
Regia mansión, en fuerzas opulenta,  
Donde empuñó con fulminante mano  
Su flamígero cetro la tormenta;

Donde regaba arrebozada en nieblas  
Sus jazmines el alba veladora,  
Y separaba el sol de las tinieblas  
Con su jardín de luz la rubia aurora.

Los flancos sustentaban de la altura  
De inmensas moles las pendientes rasas  
Que revelaban ser por su textura  
De primaria fusión enfriadas masas.

Allá — de imperio la mirada llena,  
En ademán de enérgico tribuno,  
Con sólo el mudo ceño el mar enfrena  
Un basáltico espectro verde bruno.

Y acá — la faz de viso cristalino  
Fija en la lumbre del lejano Oriente,  
Un silíceo peñón, de su destino  
El fin aguarda con serena frente.

Y el fin llegó; que fuerzas soterradas  
Trabaron con el monte horrenda lucha  
Que conmovió regiones dilatadas.  
Se acercaba mi tiempo. Atento escucha :

De esa primaria sílice los bloques  
Por el potente impulso destrozados,  
Á la honda quiebra tras tremendos choques  
En fragmentos sin fin fueron lanzados.

Con fragor en el fondo se azotaba  
Más que fiero torrente, inmenso río;  
Que, en las venas del orbe rebosaba  
De su pujante juventud el brío.

Las angulosas guijas al instante  
Fueron por la voráGINE sorbidas;  
Y en tropel, al azar de la onda errante  
Á recíproco frote sometidas.

Y en baraúndas cada vez crecientes  
La turba de subácueos peregrinos  
Á tumbos fué salvando las pendientes  
Y en los cuencos girando en remolinos,

Hasta que de sus puntas y perfiles  
Al violento volcar se desprendieron  
Innúmeras partículas sutiles  
Que á flote el rumbo del raudal siguieron.

Tal fué mi origen, el preciso punto  
De do parte mi historia. La figura  
De mi cuerpo infantil era disyunto  
Corpuscular enjambre sin hechura.

De esa lid subacuática reñida  
Por los bravos erráticos fragmentos,  
Fuí yo la pétrea sangre difundida  
En los senos de la onda tremulentos.

Era informe voluble muchedumbre  
De undívagas moléculas que daban  
Pálido viso de ambarina lumbre  
Al diáfano cristal en que flotaban,

Y que mi germen fueron primitivo,  
Como esas linfas fueron mi fortuna,  
Aquella cumbre, mi linaje altivo,  
Y ese cauce de pórvido, mi cuna.

.....



## Á PANAMÁ

EN LA APERTURA DEL CANAL

(AL SEÑOR DOCTOR MANUEL PÁJARO)

Despierta, hermosa hurí; de tus palmares  
Descorre el pabellón : la lucha suena  
Que el fin augura á tu prolija pena,  
Rompiendo tus prisiones seculares.

Del andino collado los sillares  
Vuelan deshechos en menuda arena :  
Ese roto eslabón de tu cadena  
Será en tu mano cetro de los mares.

Ó bien, ¿ será que turba enloquecida  
Abriendo viene con ferradas manos  
En tu cuello gentil mortal herida ?

¿ Qué importa, bella hurí ? Los Oceanos  
Te otorgarán la llave de la vida  
Cuando se den el ósculo de hermanos.



Á LA SEÑORA L. S. DE SOFFIA  
EN LA MUERTE DE SU ESPOSO EL EXCELENTÍSIMO

SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO SOFFIA

Si en la tumba la mano yace inerte  
Que ayer tu senda recamó de flores,  
Tus ojos, noble amiga, cuando llores,  
De Eterna Luz á la mansión convierte;

Que, cuando toca al corazón en suerte  
Apurar el dolor de los dolores,  
Sólo puede el amor de los amores  
El abismo llenar que abre la muerte.

¿Por qué á tu pie gentil y peregrino,  
Desde la altura el dedo soberano  
De súbito trazó nuevo camino? ....

Descifrado hallarás el hondo arcano,  
Tras el dintel de tu final destino;  
En tanto ... besa del Señor la mano.

JULIO ARBOLEDA

Sentimos no poder insertar en nuestra colección sino el primer cuadro del *Gonzalo de Oyón*, considerado por jueces competentes como el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica; pues ese poema es el que mejor personifica el carácter y las inclinaciones del poeta soldado. Publicamos además su bella despedida de Lima y su popular *Te quiero*. Julio Arboleda nació en Timbiquí, Departamento del Cauca, el 9 de Julio de 1817, y fué asesinado el 12 de Noviembre de 1861 en la montaña de Berruecos, no lejos del lugar en que lo había sido el Gran Mariscal de Ayacucho.

